

1

Cuñones, 1874-1938

Las fieras exhumadas: Yzur

Compré el mono en el remate de un circo que había quebrado.

La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relato están dedicadas estas líneas fue una tarde, leyendo no sé dónde que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstinencia, no a la incapacidad. "No hablan, decían, para que no los hagan trabajar."

Semejante idea, nada profunda al principio, acabó por preocuparme hasta convertirse en este postulado antropológico: los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimir la relación entre unos y otros, el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal.¹²

• • •

Todo anduvo bien mientras se trató de las vocales, o sea, los sonidos que se forman con la boca abierta. Yzur los aprendió en quince días. La u fue lo que más le costó pronunciar.

Las consonantes dieronme un trabajo endemoniado: y a poco hube de comprender que nunca llegaría a pronun-

ciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías. Sus largos colmillos¹³ le estorbaban enteramente.

El vocabulario quedaba reducido, entonces, a las cinco vocales; la b, la k, la m, la g, la f y la c, es decir, todas aquellas consonantes en cuya formación no intervienen sino el paladar y la lengua.

Aun para esto no me bastó el oído. Hube de recurrir al tacto como un sordomudo, apoyando su mano en mi pecho y luego en el suyo para que sintiera las vibraciones del sonido.

Y pasaron tres años sin conseguir que formara palabra alguna. Tendía a dar a las cosas, como nombre propio, el de la letra cuyo sonido predominaba en ellas. Esto era todo.

Pablo Neruda, 1904-1973

20 Poema de amor y una canción
desesperada

(15)

Me gustas cuando callas porque estás como ausente y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca. Parece que los ojos se te hubieran volado y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma, emergeres de las cosas, llena del alma mía. Mariposa de sueño, te pareces a mi alma, y te pareces a la palabra melancolía.

Me gustas cuando callas y estás como distante. Y estás como quejándote, mariposa en arrullo. Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza: déjame que me calle con el silencio tuyo.

Déjame que te hable también con tu silencio claro como una lámpara, simple como un anillo. Eres como la noche, callada y constelada. Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente. Distante y dolorosa como si hubieras muerto. Una palabra entonces, una sonrisa bastan. Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

Residencia en la fiebre

CABALLO DE LOS SUEÑOS

*Inmexario, viéndome en los espejos,
con un gusto a semanas, a biógrafos, a papeles,
arranco de mi corazón al capitán del infierno,
establezco cláusulas indefinidamente tristes.*

*Vago de un punto a otro, absorbo ilusiones,
converso con los satíres en sus ridos:*

5

*ellos, a menudo, con voz fatal y fría,
cantan y hacen huir los malditos.*

*Hay un país extenso en el cielo
con las superstitias adombrar del arco-iris
y con vegetaciones vespertales:
hacia allí me dirijo, no sin cierta fatiga,
pisando una tierra removida de sepulcros un tanto frescos,
yo sueño entre esas plantas de legumbre confusa.*

10

*amo la miel gastada del respeto,
el dulce catecismo entre cayeras hojas
duermen violetas envejecidas, desvanecidas,
y las escobas, conmovedoras de auxilio,
en su apariencia hoy, sin duda, pesadumbre y certeza.
Yo destruyo la rosa que silba y la ansiedad raptora:
yo rompo extremos queridos: y aún más,
aguardo el tiempo uniforme, sin medida:
un sabor que tengo en el alma me deprime.*

25

*Qué día ha sobrevivido! Qué espesa luz de leche,
compacta, digital, me favorece!
He oído relinchar su rojo caballo
desmudo, sin herraduras y radiante.*

*Atravieso con él sobre las iglesias,
galopo los cuarteles desiertos de soldados
y un ejército impuro me persigue.
Sus ojos de euclápidas roban sombra,
su cuerpo de campana galopa y golpea.
Yo necesito un relámpago de fulgor persistente,
un dardo festinal que asuma mis herencias.*

35

30

XII

Pablo Neruda, Canto
General, 1950

Sube a nacer conmigo, hermano.

Dame la mano desde la profunda
zona de tu dolor diseminado.

No volverás del fondo de las rocas.

No volverás del tiempo subterráneo.

No volverá tu voz endurecida.

No volverán tus ojos taladrados.

Mírame desde el fondo de la tierra,

labrador, tejedor, pastor callado:

domador de guanacos tutelares:

albañil del andamio desafinado:

aguardador de las lágrimas andinas:

joyero de los dedos machacados:

agricultor temblando en la semilla:

alfarero en tu greda derramado:

traed a la copa de esta nueva vida

vuestros viejos dolores enterrados.

Mostradme vuestra sangre y vuestro surco,

decidme: aquí fui castigado.

porque la joya no brilló o la tierra

no entregó a tiempo la piedra o el grano:

señaladme la piedra en que caísteis

y la madera en que os crucificaron,

encendíedme los viejos pedernales,

las viejas lámparas, los látigos pegados

a través de los siglos en las llagas

y las hachas de brillo ensangrentado.

Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.

A través de la tierra junad todos

los silenciosos labios derramados
y desde el fondo habládme toda esta larga noche
como si yo estuviera con vosotros anclado,

contadme todo, cadena a cadena,

eslabón a eslabón, y paso a paso,

afilad los cuchillos que guardasteis,

ponedlos en mi pecho y en mi mano,

como un río de rayos amarillos,

como un río de tigres enterrados,

y dejadme llorar, horas, días, años,

edades ciegas, siglos estelares.

Dadme el silencio, el agua, la esperanza.

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.

Apegadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.

U. Colar Huobolo

CANTO I

2

Altazor ¿por qué perdiste tu primera serenidad?

¿Qué ángel mato se paró en la puerta de tu

sonrisa

Con la espada en la mano?

¿Quién sembró la angustia en las llanuras de tus

ojos como el adorno de un dios?

¿Por qué un día de repente sentiste el terror de

ser?

Y esa voz que te gritó vives y no te ves vivir

¿Quién hizo converger tus pensamientos al cruce

de todos los vientos del dolor?

Se rompió el diamante de tus sueños en un mar

de estupor

Estás perdido Altazor

Solo en medio del universo

Cae

Cae eternamente

Cae al fondo del infinito

Cae al fondo del tiempo

Cae al fondo de ti mismo

Cae lo más bajo que se pueda caer

Cae sin vértigo

A través de todos los espacios y todas las edades

A través de todas las almas de todos los anhelos y

todos los naufragios

Hay palabras que tienen sombra de árbol

Otras que tienen atmósfera de astros

Hay vocablos que tienen fuego de rayos

Y que incendian donde caen

Otros que se congelan en la lengua y se rompen

al salir

Como esos cristales alados y fatídicos

Hay palabras con imanes que atraen los tesoros

del abismo

Otras que se descargan como vagones sobre el

alma

Altazor desconfía de las palabras

Desconfía del ardid ceremonioso

Y de la poesía

Trampas

Trampas de luz y cascadas lujosas

Trampas de perla y de lámpara acústica

Anda como los ciegos con sus ojos de piedra

Presintiendo el abismo a todo paso

Canto II

Sueño en un sueño sumergido

La cabellera que se ata hace el día

La cabellera al desatarse hace la noche

La vida se contempla en el olvido

Sólo viven tus ojos en el mundo

El único sistema planetario sin fatiga

Serena piel anclada en las alturas

Ajena a toda red y estratagema

En su fuerza de luz ensimismada

Detrás de ti la vida siente miedo

Porque eres la profundidad de toda cosa

El mundo deviene majestuoso cuando pasas

Se oyen caer lágrimas del cielo

Y borras en el alma adormecida

La amargura de ser vivo

Se hace liviano el orbe en las espaldas

Canto III

Bastía señora arpa de las bellas imágenes

De los furtivos como iluminados

Otra cosa otra cosa buscamos

Sabemos posar un beso como una mirada

Plantar miradas como árboles

Enjaular árboles como pájaros

Regar pájaros como heliotropos

Tocar un heliotropo como una música

Vaciar una música como un saco

Degollar un saco como un pingüino

Cultivar pingüinos como viñedos

Ordeñar un viñedo como una vaca

Desarboliar vacas como veleros

Peinar un velero como un cometa

Desembarcar cometas como turistas

Embruñar turistas como serpientes

Canto IV

Darse prisa darse prisa

Están prontas las semillas

Esperando una orden para florecer

Paciencia ya luego crecerán

Y se irán por los senderos de la savia

Por su escalera personal

Un momento de descanso

Antes del viaje al cielo del árbol

El árbol tiene miedo de alejarse demasiado

Tiene miedo y vuelve los ojos angustiados

La noche lo hace temblar

Canto VII

Uhlayu

Uhlayu

ayü yu

Lunatando

Sensoria e infimemento

Uhlayo ululamento

Plegasuna

Cantatorio ululaciente

Oraneva yu yu yu

Temporio

Infliero e infinauta zurrosía

Iaurinario ururayú

Montañendo orarania

Aorasía ululacence

Sempertiva

ivarisa tariría

Campanudio lalali

Auriciento auronida

Lalali

io ia

iii o

Ai a i ai a i i i o ia

SÓNGORO COSONGO²¹

¡Ay, negra,

si tu supiera!

Anoche te ví²² pasar²³

y no quise que me viera²⁴

A él²⁵ tú le hará como a mí,

que cuando no tuve²⁶ plata

te corrite de bachata²⁷

sin acordarte²⁸ de mí.

Sóngoro, cosongo,

songo be;

sóngoro, cosongo

de maney;

sóngoro, la negra

balla bien;

sóngoro de uno,

sóngoro de tré.

Aé,

vengán²⁹ a ver³⁰.

aé, vamo pa ver³¹;

¡vengán³², sóngoro cosongo,

sóngoro cosongo

de maney!³³

TENGO¹

Cuando me veo y loco,

yo, Juan sin Nada no más ayer,

y hoy Juan con Todo,

y hoy con todo,

vuelvo los ojos, miro,

me veo y toco

y me pregunto cómo ha podido ser.

Tengo, vamos a ver,

tengo el gusto de andar por mi país,

dueño de cuanto hay en él,

mirando bien de cerca lo que antes

no tuve ni podía tener.

Zafra puedo decir,

monte puedo decir,

ciudad puedo decir,

ejército decir,

ya míos para siempre y tuyos, nuestros,

y un ancho respaldor

de rayo, estrella, flor.

999 calorías.
Rumbb..... Trapprr trach..... chaz
Serpentinita u del biscochero
engratada al timpano.

Quién como los hielos. Pero no.
Quién como lo que va ni más ni menos.
Quién como el justo medio.

1.000 calorías.
Azule y rie su gran cachaza
el firmamento gringo. Baja
el sol empavado y le alborota los cascos
al más frío.

Remeda al cuco: Roooooocceci.....
térno autocarri, móvil de sed,
que corre hasta la playa.

Aire, aire. Hielol
Si al menos el calor (-----) Mejor
no diga nada.

Y hasta la misma pluma
con que escribo por último se troncha.

Treinta y tres trillones trescientas treinta
y tres calorías.

Cesar Valbu,
Trice

Carpenter, Los países perdidos

los fía el amo. Adormecido por la espera y el balanceo de la barca, cierrro los párpados. De pronto, me despierta un grito del Adelantado: "¡Ahí está la puerta!"... Había, a dos metros de nosotros, un tronco igual a todos los demás: ni más ancho, ni más escamoso. Pero en su corteza se estampaba una señal semejante a tres letras V superpuestas verticalmente, de tal modo que una penetraba dentro de la otra, una sirviendo de vaso a la segunda, en un diseño que hubiera podido repetirse hasta el infinito, pero que sólo se multiplicaba aquí al reflejarse en las aguas. Junto a ese árbol se abría un pasadizo abovedado, tan estrecho, tan bajo, que me pareció imposible meter la cunlara por ahí. Y, sin embargo, nuestra embarcación se introdujo en ese angosto túnel, con tan poco espacio para deslizarse que las bordas rasparon duramente unas raíces retorcidas. Con los remos, con las manos, había que apartar obstáculos y barreras para llevar adelante esa navegación increíble, en medio de la maleza anegada. Un madero puntiagudo cayó sobre mi hombro con la violencia de un garrotazo, sacandome sangre del cuello. De las ramazones llovía sobre nosotros un intolerable hollín vegetal, impalpable a veces, como un plañton errante en el espacio —pesado, por momentos, como puñados de limalla que alguien hubiera arrojado de lo alto. Con

Se acabó el extraño, con quien, tarde
la noche, regresabas parla y parla.
Ya no habrá quien me aguarde,
dispuesto mi lugar, bueno lo malo.

Se acabó la calurosa tarde;
tu gran bahía y tu clamor; la charla
con tu madre acabada
que nos brindaba un té lleno de tarde.
Se acabó todo al fin: las vacaciones,
tu obediencia de pechos, tu manera
de pedirme que no me vaya fuera.

Y se acabó el diminutivo, para
mi mayoría en el dolor sin fin
y nuestro haber nacido así sin causa.

Carpenter, El reino de este mundo, prólogo

Este se me hizo particularmente evidente durante mi permanencia en Haití, al hallarme en contacto cotidiano con algo que podríamos llamar lo *real-maravilloso*. Pisaba yo una tierra donde millares de hombres ansiosos de libertad creyeron en los poderes licantropicos de Macandal, a punto de que esa fe colectiva produjera un milagro el día de su ejecución. Conocía ya la historia prodigiosa de Bouckman, el iniciado jamaquino. Había estado en la Ciudadela la Ferrère, obra sin antecedentes arquitectónicos, únicamente anunciada por las *Prisiones imaginarias* del Pranesse. Había respirado la atmósfera creada por Henri Christophe, monarca de increíbles empeños, mucho más sorprendente que todos los reyes crueles inventados por los surrealistas, muy afectos a tiranías imaginarias, aunque no padecidas. A cada paso hallaba lo *real-maravilloso*. Pero pensaba, además, que esa presencia y vigencia de lo *real-maravilloso* no era privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera, donde todavía no se ha terminado de establecer, por ejemplo, un recuento de cosmogonías. Lo *real-maravilloso* se encuentra a cada paso en las vidas de hombres que inscribieron fechas en la historia del Continente y dejaron apellidos aún llevados: desde los buscadores de la Fuente de la Eterna Juventud, de la áurea ciudad de Manoa, hasta ciertos rebeldes de la primera hora o ciertos héroes modernos de nuestras guerras de independencia de tan mitológica traza como la coronela Juana de Azurduy. Siempre me ha parecido significativo el hecho de que, en 1780, unos cuerdos españoles, salidos de Angostura, se lanzaran todavía a la busca de El Dorado, y que, en días de la Revolución francesa —¡vivan la Razon y el Ser Supremo!—, el com-postelano Francisco Menéndez anduviera por tierras de Patagonia buscando la Ciudad Encantada de los Césares. Enfocando otro aspecto de la cuestión, veríamos que, así como, en Europa occidental, el folklore danzario, por ejemplo, ha perdido todo carácter mágico o invocatorio, rara es la danza colectiva, en América, que no encierre un hondo sentido ritual, creándose en torno a él todo un proceso iniciado: tal los bailes de la santería cubana, o la prodigiosa versión negroide de la fiesta del Corpus, la *hokey* *jump* de la *Shouna* *jump*, se *caravan* *lo* *caravall*.

Carpenter, El reino de este mundo, prólogo

Gorestra, Muerstein Fin, 1939

(9)

LENO de mí, sitiado en mi epidermis
por un dios inasible que me ahoga,
mentido acaso

por su radiante atmósfera de luces
que oculta mi conciencia deramada,
mis alas rotas en esquirlas de aire,
mi torpe andar a tientas por el lodo;
lleno de mí —ahito— me descubro
en la imagen atónita del agua,

que tan sólo es un lumbro inmarcesible,
un desplome de ángeles caídos
a la delicia intacta de su peso,

que nada tiene
sino la cara en blanco
hundida a medias, ya, como una risa agónica,
en las tenues holandas de la nube
y en los funestos cánticos del mar
—más resabio de sal o albor de cúmulo
que sola prisa de acosada espuma.
No obstante —oh paradoja— constreñida
por el rigor del vaso que la aclara,
el agua toma forma.

Mas nada ocurre, no, sólo este sueño
desorbitado

que se mira a sí mismo en plena marcha;
presume, pues, su término inminente
y adereza en el acto
el plan de su fatiga,
su justa vacación,
su domingo de gracia allá en el campo,
al fresco albor de las camisas flojas.
O, ¿anchalor mullido, qué parasol de nieb.

Porque el hombre descubre en sus silencios
que su hermoso lenguaje se le agosta
en el minuto mismo del quebranto,
cuando los peces todos

que en cautelosas órbitas discurren
como estrellas de escamas, diminutas,
por la entumida noche submarina,
cuando los peces todos
y el uises salmón de los regresos
y el delfín apolíneo, pez de dioses,
deshacen su camino hacia las algas;

[BALLE]

Desde mis ojos insomnes
mi muerte me está acechando,
me acecha, sí, me enamora
con su ojo lánguido.
¡Anda, puñilla del rubor helado,
anda, vámonos al diablo!

de su inauración?

Es el tiempo de Dios que ahora un día,
que cae, nada más, madura, ocurre,
para tornar mañana por sorpresa
en un estéril repetirse inédito,
como el de esas eléctricas palabras
—nunca aprehendidas,
siempre nuestras—

que eluden el amor de la memoria,
pero que a cada instante nos sonríen
desde sus claros huecos
en nuestras propias frases despobladas.
Es un vaso de tiempo que nos iza
en sus azules botareles de aire
y nos pone su máscara grandiosa,
ay, tan perfecta,

que no difiere un rasgo de nosotros.

manchas en la pared, sin decir nada?,
 ¿subimos juntos a la torre, vímos
 caer la tarde desde al arceñe?,
 ¿comimos uvas en Bidart?, ¿cómo compramos
 gardenias en Petre?;

nombrés, sitios,
 calles y calles, rostros, plazas, calles,
 estaciones, un parque, cuartos solos,
 manchas en la pared, alguien se pena,
 alguien canta a mi lado, alguien se viste,
 cuartos, lugares, calles, nombres, cuartos,

Madrid, 1937¹¹⁹,
 en la Plaza del Ángel las mujeres
 cosían y cantaban con sus hijos,
 después sonó la alarma y hubo gritos,
 casas arrojadas en el polvo,
 torres hendidas, frentes escupidas
 y el huracán de los motores, hijo:
 los dos se desnudaron y se amaron
 por defender nuestra porción eterna,
 nuestra ración de tiempo y paraíso,
 tocar nuestra raíz y recobrarlos,
 recobrar nuestra herencia arrebatada
 por ladrones de vida hace mil siglos,
 los dos se desnudaron y besaron
 porque las desnudeces enlazadas
 saltan el tiempo y son invulnerables,
 nada las toca, vuelven al principio,

no hay tú ni yo, mañana, ayer ni nombres,
 verdad de dos en sólo un cuerpo y alma,
 oh ser total...

cuartos a la deriva
 entre ciudades que se van a pique,
 cuartos y calles, nombres como heridas,
 el cuarto con ventanas a otros cuartos
 con el mismo papel descolorido
 donde un hombre en camisa lee el periódico
 o plancha una mujer; el cuarto claro
 que visitan las ramas del durazno;
 el otro cuarto: afuera siempre llueve
 y hay un patio y tres niños oxidados;
 cuartos que son navíos que se mecen
 en un golfo de luz; o submarinos:
 el silencio se espurge en olas verdes,
 todo lo que tocamos fosforesce;
 mausoleos del lujo, ya roídos
 los retratos, raídos los tapetes;
 trampas, celdas, cavernas encantadas,
 palareas y cuartos numerados,
 todos se transfiguran, todos vuelan,
 cada moldura es nube, cada puerta
 da al mar, al campo, al aire, cada mesa
 es un festín, cerrados como conchas
 el tiempo inútilmente los asedia,
 no hay tiempo ya, ni muro: ¡espacio, espacio,
 abre la mano, coge esta riqueza,
 corta los frutos, come de la vida,
 tiéndete al pie del árbol, bebe el agual,
 todo se transfigura y es sagrado,
 es el centro del mundo cada cuarto,
 es la primera noche, el primer día,
 el mundo nace cuando dos se besan,

gota de luz de entrañas transparentes
 el cuarto como un fruto se entreabre
 o estalla como un astro tachurno

Y las leyes comidas de ratones,
 las rejas de los bancos y las cárceles,
 las rejas de papel, las alambradas,
 los timbres y las púas y los pinchos,
 el sermón monacorde de las armas,
 el escorpión meloso y con bonete,
 el tigre con chistera, presidente
 del Club Vegetariano y la Cruz Roja,
 el burro pedagogo, el cocodrilo
 metido a redentor, padre de pueblos,
 el jefe, el tiburón, el arquitecto
 del porvenir, el cerdo uniformado,
 el hijo predilecto de la Iglesia
 que se lava la negra dentadura
 con el agua bendita y toma clases
 de inglés y democracia, las paredes
 invisibles, las máscaras podridas
 que dividen al hombre de los hombres,
 al hombre de sí mismo,

se derrumban
 por un instante inmenso y vislumbremos
 nuestra unidad perdida, el desamparo
 que es ser hombres, la gloria que es ser hombres
 y compartir el pan, el sol, la muerte,
 el olvidado asombro de estar vivos;

amar es combatir, si dos se besan
 el mundo cambia, encarnan los descos,
 el pensamiento encarna, brotan alas
 en las espaldas del esclavo, el mundo
 es real y tangible, el vino es vino,
 el pan vuelve a saber, el agua es agua,

nadiando.

Me dijo que hacia 1886 había discurrido un sistema original de numeración y que en muy pocos días había rebasado el veinticuatro mil. No lo había escrito, porque lo pensado una sola vez ya no podía borrarse. Su primer estímulo, creo, fue el desagrado de que los treinta y tres orientales requirieran dos signos y tres palabras, en lugar de una sola palabra y un solo signo. Aplicó luego ese disparatado principio a los otros números. En lugar de siete mil trece, decía (por ejemplo) *Maximo Pérez*; en lugar de siete mil catorce, *El Ferrocarril*; otros números eran *Luis Melián Lafun, Olimar, azyfre, los bastos, la ballena, el gas, la caldera, Napoleón, Agustín de Vedia*. En lugar de quinientos, decía *nueve*. Cada palabra tenía un signo particular, una especie de marca; las últimas eran muy complicadas... Yo traté de explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario de un sistema de numeración. Le dije que decir 365 era decir tres centenas, seis decenas, cinco unidades; análisis que no existe en los «números» *El Negro Timoteo o mantá de carne*. Funes no me entendió o no quiso entenderme.

Locke, en el siglo XVII, postuló (y reprobió) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio; Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo. En efecto,

rido un día entero. Me dijo: *Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo*. Y también: *Mis sueños son como la vigilia de ustedes*. Y también, hacia el alba: *Mi memoria, señor, es como vaciado de basuras*. Una circunferencia en un pizarrón, un triángulo rectángulo, un rombo, son formas que podemos intuir plenamente; lo mismo le pasaba a Ireneo con las aborrecidas crines de un potro, con una punta de ganado en una cuchilla, con el fuego cambiante y con la innumerable ceniza, con las muchas caras de un muerto en un largo velorio. No sé cuántas estrellas vela en el cielo.

Tlön, Uqbar, Orus Tertius

Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admitían la menor réplica y no causaban la menor convicción. Ese dictamen es del todo verídico en su aplicación a la tierra; del todo falso en Tlön. Las naciones de ese planeta son —congénitamente— idealistas. Su lenguaje y las derivaciones de su lenguaje —la religión, las letras, la metafísica— presuponen el idealismo. El mundo para ellos no es un concurso de objetos en el espacio; es una serie heterogénea de actos independientes. Es sucesivo, temporal, no espacial. No hay sustantivos en la conjetural *Ursprache* de Tlön, de la que proceden los idiomas «actuales» y los dialectos: hay verbos impersonales, calificados por sufijos (o prefijos) monosilábicos de valor adverbial. Por ejemplo: no hay palabra que corresponda a la palabra *luna*, pero hay un verbo que sería en español *lunecer* o *lunar*. *Surgió la luna sobre el río* se dice *blor n fang axaxaxas mló* o sea en su orden: hacia arriba (*upward*) detrás duradero-fluir luneció. (Xul Solar traduce con brevedad: *upa tras petnyue lunó. Upward, behind the onstreaming, it mooned.*)

La biblioteca de Babel

Afirman los impíos que el disparate es normal en la Biblioteca y que lo razonable (y aun la humilde y pura coherencia) es una casi milagrosa excepción. Hablan (lo sé) de «la Biblioteca febril, cuyos azarosos volúmenes corren el incesante albur de cambiarse en otros y que todo lo afirman, lo niegan y lo confunden como una divinidad que delira». Esas palabras que no sólo denuncian el desorden sino que lo ejemplifican también, notoriamente prueban su gusto pésimo y su desesperada ignorancia. En efecto, la Biblioteca incluye todas las estructuras verbales, todas las variaciones que permiten los veinticinco símbolos ortográficos, pero no un solo disparate absoluto. Intútil observar que el mejor volumen de los muchos hexágonos que administro se titula *True no peinado*, y otro *El calambre de yeso* y otro *Axaxaxas mló*. Esas proposiciones, a primera vista incoherentes, sin duda son capaces de una justificación criptográfica o alegórica; esa justificación es verbal y, *ex hypothesi*, ya

figura en la Biblioteca. No puedo combinar unos caracteres

dicuntendi

que la divina Biblioteca no haya previsto y que en alguna de sus lenguas secretas no encierran un terrible sentido. Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de ternuras y de temores: que no sea en alguno de esos lenguajes el nombre poderoso de un dios. Hablar es incurrir en tautologías. Esta epístola inútil y palabarrera ya existe en uno de los treinta volúmenes de los cinco anaqueles de uno de los incontables hexágonos —y también su refutación. (Un número *n* de lenguajes posibles usa el mismo vocabulario; en algunos, el símbolo *bi* biblioteca admite la correcta definición *ubiquo y perdurable sistema de galerías hexagonales*, pero *biblioteca* es *pan o pirámide* o cualquier otra cosa, y las siete palabras que la definen tienen otro valor. Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?).

La escritura metafísica...

V SEPULCRAL

mi bisabuelo, el coronel Isidoro Suárez.

los Andes.
y ejércitos.
umbre de su espada.
de Junín
la batalla
ú dio sangre española.
hazañas
los clarines belisonos.
stierro.
ceniza y de gloria.

LA ROSA

La rosa,
la inmarcesible rosa que no canto,
la que es peso y fragancia,
la del negro jardín en la alta noche,
la de cualquier jardín y cualquier tarde,
la rosa que resurge de la tenue
ceniza por el arte de la alquimia,
la rosa de los persas y de Ariosto,
la que siempre está sola,
la que siempre es la rosa de las rosas,
la joven flor platónica,
la ardiente y ciega rosa que no canto,
la rosa inalcanzable.

6.2

EL SUR

Desde uno de tus patios haber mirado
las antiguas estrellas,
desde el banco de
la sombra haber mirado
esas luces dispersas
que mi ignorancia no ha aprendido a nombrar
ni a ordenar en constelaciones,
haber sentido el círculo del agua
en el secreto aljibe,
el olor del jazmín y la madre selva,
el silencio del pájaro dormido,
el arco del zaguán, la humedad
—esas cosas, acaso, son el poema.

acercándose y retrocediendo. Silenciosa, un poco torcida, la boca estaba preguntando: preguntaban los ojos empuñados.

—Que no te quiero más, así de golpe... Es raro. Estaba... bueno, es verdad que sigo estando contento. Otra cosa, quería decir.

Alguna vez había visto unos ojos parecidos en la cara de un niño. Ella se fue doblando hasta quedar sentada en la cama. Miraba y miraba, arrugada la tricota sobre los senos, las manos muertas y escondidas sobre las piernas.

—Parece mentira. Así, sin pensarlo, de pronto, como viene la enfermedad. Uno tiene un montón de cosas que llaman su vida, pero va rodando junto con ellas, nada más que eso. Ya no tengo nada que ver con mi vida, ya no es mía. Y de golpe, de esa manera, porque sí, como una fruta que estaba madura. Naturalmente. Y no puedo preocuparme. Poco se ha de preocupar el árbol. Nada. Estoy tan tranquilo, fumando. Esto es una amuleta con baño y sala independiente. Calefacción central. Estoy tirado, desnudo en la cama, fumando. Estoy seguro de que estás sufriendo. Es así.

—No importa que... ¿Qué piensa hacer?

La boca de Nené se movía, abierta, un poco grotesca, como un tic nervioso. Ahora que ella acababa de aceptar, el suceso le parecía absurdo.

—Dígame qué piensa hacer.

—Nada. ¿Por qué usted? Nada. Me voy a vestir, a bañar...

—No hay necesidad de decir idioteces. En la vida, después, ¿qué piensa hacer?

—Sí, nada. Esperar. ¿Qué puedo saber? Es mejor estar quieto. Acaso todo se arregle.

Quiso tocarle la mejilla, pero la muchacha se levantó. Había estado cantando tan alegre, con su pobre

voz. Se abrochaba la pollera y estiró lentamente la tiranta, alisándola con detención sobre el vientre y las caderas. Con dos dedos tocaba la cortina sobre los vidrios de la ventana. Luego se dio vuelta con las manos en la espalda y caminó así hasta el centro de la pieza. Mirando el estore gris que cubría la puerta, alzó los brazos para acomodarse las horquillas del peinado. Dos dientes asomaban sujetando el labio. Si ella hiciera un gran gesto burlesco, *Santa sandorun!*, acaso todo volviera a ser como antes. Un pie, desnudo fuera de la cama, se le contrajo acalambrado. Ella continuó viajando entre el sillón y el espejo hasta terminar de vestirse.

Nora, en la ventana, miraba cómo el aire del anochecer le levantaba el vello de los brazos. Ya sabía de tiempo que estaba embrujada. Algunas palabras de Aranzuru y de su padre le llegaban entre el martilleo de los diques. No había salvación para ella, porque los miedos la acorralaban, rodeándola, como los animales fijos y mudos del cuarto de abajo. El embrujo daba una explicación extraña a cada uno de los espantos del día. Era triste y fea; tenía las manos grandes, los codos puntegados, desaparejos los gritos y las risas. Toda la gente tenía ojos de sospecha y pregunta para mirarla. Ahora sintió el embrujo rodeándola, como había sentido, tantas veces, la muerte. No podía llorar; el cuerpo escalofriado preso en el embrujo. Retrocedió de espaldas en la sombra del cuarto, mirando siempre a la ventana. Estaba llorando sin muecas, calladamente, llena de lástima y miedo, piedad y temor por estar encerrada en ella misma, entre los duros huesos, la piel tensa, encerrada en el implacable sortilegio que la envolvía.

NOCHE DESIERTA

Noche desierta
noche
más que la noche todo
el vacío espantable de los cielos
cercándome mi noche
o mi cuarto mi cama
mis pocos años míos
de sangre piel respiración
de vida
quiero decir
mi vida fugaz
mis pocos años.
Y nadie a quien poder
abrazarse llorando.

Dea Vilavino

ESO

8

Mi cansancio
mi angustia
mi alegría
mi pavor
mi humildad
mis noches todas
mi nostalgia del año
mil novecientos treinta
mi sentido común
mi rebeldía.
Mi desdén
mi crueldad y mi congoja
mi abandono
mi llanto
mi agonía
mi herencia irrenunciable y dolorosa
mi sufrimiento
en fin
mi pobre vida.

(1950)

YA NO

Ya no será
ya no
no viviremos juntos
no criaré a tu hijo
no coseré tu ropa
no te tendré de noche
no te besaré al irme
nunca sabrás quién fui
por qué me amaron otros.
No llegaré a saber
por qué ni cómo nunca
ni si era de verdad
lo que dijiste que era
ni quién fuiste
ni qué fui para ti
ni cómo hubiera sido
vivir juntos
querernos
esperarnos
estar.
Ya no soy más que yo
para siempre y tú
ya
no serás para mí
más que tú. Ya no estás
en un día futuro

no sabré dónde vives
con quién
ni si te acuerdas.
No me abrazarás nunca
como esa noche
nunca.
No volveré a tocarte.
No te veré morir.

(1958)

étoaca!, de miles y miles de kilómetros. En efecto, pronto desembocé en uno de aquellos fétidos túneles, al fondo del cual corría un arroyo impetuoso de aguas malolientes. Una lejana luminosidad indicaba que hacia el lado donde corrían las aguas habría una de las llamas «bocas de tormenta», o un tragaluz que daría a una calle o acaso la desembocadura a uno de los canales maestros. Decidí encaminarme hacia allá. Había que marchar con cuidado sobre el estrecho sendero que hay al borde de estos túneles, pues resbalar ahí puede ser no sólo fatal sino indeciblemente asqueroso.

Todo era hediondo y pegajoso. Las paredes o muros de aquel túnel eran asimismo húmedas y por ellas corrían hilillos de agua, seguramente filtraciones de las capas superiores del terreno.

Más de una vez en mi vida había meditado en la existencia de aquella red subterránea, sin duda por mi tendencia a cavilar sobre sótanos, pozos, túneles, cuevas, cavernas y todo lo que de una manera o de otra está vinculado a esa realidad subterránea y enigmática: lagartos, serpientes, ratas, cucarachas, comadrejas y ciegos.

¡Abominables cloacas de Buenos Aires! ¡Mundo inferior y horrendo, patria de la inmundicia! Imaginaba arriba, en los salones brillantes, a mujeres hermosas y delicaditas, a gerentes de banco correctos y ponderados, a maestros de escuela diciendo que no se deben escribir malas palabras sobre las paredes; imaginaba guardapolvos blancos y almidonados, vestidos de noche con tales o gasas vaporosas, frases poéticas a la amada, discursos conmovedores sobre las virtudes patrias. Mientras por

abí abajo, en obscuro y pestilente tumulto, corrían mezclados las menstruaciones de aquellas amadas románticas, los excrementos de las vaporosas jóvenes vestidas de gasa, los preservativos usados por los correctos gerentes, los destrozados fetos de miles de abortos, los restos de comidas de millones de casas y restaurantes, la inmensa, la innumerable Basura de Buenos Aires.

Y todo marchaba hacia la Nada del océano mediante conductos subterráneos y secretos, como si Aquellos de Arriba se quisieran olvidar, como si intentarían hacerse los desentendidos sobre esta parte de su verdad. Y como si héroes al revés, como yo, estuvieran destinados al trabajo infernal y maldito de dar cuenta de esa realidad.

¡Exploradores de la Inmundicia, testimonios de la Basura y de los Malos Pensamientos!

Si, de pronto me sentí una especie de héroe, de héroe al revés, héroe negro y repugnante, pero héroe. Una especie de Sigfrido de las tinieblas, avanzando en la oscuridad y la fealdad con mi negro pabellón resplandeciente, agitado por los huracanes infernales. ¿Pero avanzando hacia qué? Eso es lo que no alcanzaba a discernir y que aún ahora, en estos momentos que preceden a mi muerte, tampoco llevo a comprender.

Llegué por fin a lo que había imaginado sería una boca de tormenta, pues desde allí venía aquella débil luminosidad que me había ayudado a marchar por el canal. Era, en efecto, la desembocadura de mi canal en otro más grande y casi rugiente. Allá, muy arriba, había una pequeña abertura lateral, que calculé tendría casi un metro de largo por unos veinte centímetros de

Naves Losa

La ciudad

y los perros

(10)

—Explíqueme este juego con detalles —dijo Gamboa, tranquilamente—. Desde el principio. Y no se olvide de nada.

Arróspide miraba oblicuamente a sus compañeros y el teniente Gamboa aguardaba, quieto como un árbol. «¿Qué parecía como le lloraba? Y después todos éramos sus hijos, cuando comenzamos a llorarle, y qué vergüenza, mi teniente, usted no puede saber cómo nos bautizaban, ¿no es cosa de hombres defenderse?, y qué vergüenza, nos pegaban, mi teniente, nos hacían dano, nos mentaban las madres, mire cómo tiene el fundillo Montesinos de tanto ángulo recto que le dieron, mi teniente, y él como si lloviera, qué vergüenza, sin decirnos nada, salvo qué más, hechos concretos, omitir los comentarios, hablar uno por uno, no hagan bulla que molestan a las otras secciones, y qué vergüenza el reglamento, comenzó a recitarlo, debería expulsarlos a todos, pero el Ejército es tolerante y comprendió a los cachorros que todavía ignoran la vida militar y respetó al superior y la camaradería, y este juego se acabó, si mi teniente, y por ser primera y última vez no pasará parte, si mi teniente, me limitaré a dejarlos sin la primera salida, si mi teniente, a ver si se hacen hombreros, si mi teniente, conste que una reincidencia y no paro hasta el Consejo de Oficiales, si mi teniente, y apréndanse de memoria el reglamento si quieren salir el sábado siguiente, y ahora a dormir, y los imaginarias a sus puestos, me darán parte dentro de cinco minutos, si mi teniente.»

El Círculo no volvió a reunirse, aunque más tarde el Jaguar pusiera el mismo nombre a su grupo. Ese sábado primero de junio, los cadetes de la sección, desplegados a lo largo de la baranda herrumbrosa, vieron a los perros de las otras secciones, soberbios y arrogantes como un torrente, volcarse en la avenida Costanera, teñirla con sus uniformes relucientes, el blanco immaculado de los quepis y los listrosos maleines de cuero; los vieron aglomerarse en el morrido terraplén, con el mar crujiente a la espalda, en espera del omnibus Miraflores-Callao, o avanzar por el centro de la carretera hacia la avenida de las Palmeras, para ganar la avenida Progreso (que hiende las chacras y penetra en Lima por Breña o, en dirección contraria, continúa bajando en una curva suave y amplísima hasta Bellavista y el Callao); los vieron desaparecer y cuando el asfalto quedó nuevamente solitario y humedecido por la neblina, se gulan con las narices en los barrotes; luego escucharon la corneta que llamaba al almuerzo y fueron caminando despacio y en silencio hacia el año, alejándose del héroe que había contemplado con sus pupilas ciegas la explosión de júbilo de los

ausentes y la angustia de los consignados, que desaparecían entre los edificios plomizos.

Esa misma tarde, al salir del comedor ante la mirada larguista de la vicuña, surgió la primera pelea en la sección. «¿Yo me hubiera dejado, Vallano se hubiera dejado, Cava se hubiera, Arróspide, quién? Nadie, sólo él, porque el Jaguar no es dios y entonces todo hubiera sido distinto, si contesta, distinto si se mecha o coge una piedra o un palo, distinto aun si se echa a correr, pero no a temblar, hombre, eso no se hace.» Estaban todavía en las escaleras, amontonados, y de pronto hubo una confusión y dos cayeron dando traspiés sobre la hierba. Los caídos se incorporaban; treinta pares de ojos los contemplaban desde las gradas como desde un tendido. No alcanzaron a intervenir, ni siquiera a comprender de inmediato lo ocurrido, porque el Jaguar se revolvió como un felino atacado y golpeó al otro, directamente al rostro y sin ningún aviso y luego se dejó caer sobre él y lo siguió golpeando en la cabeza, en el rostro, en la espalda; los cadetes observaban esos dos puños constantes y ni siquiera escuchaban los gritos del otro, «perdón, jaguar, fue de casualidad que te empujé, juró que fue casual.» «Lo que no debió hacer fue arrodillarse, eso no. Y además, juntar las manos, parecía mi madre en las novenas, un échio en la iglesia recibiendo la primera comunión, parecía que el Jaguar era el obispo y él se estuviera confesando, me acuerdo de eso, decía Rospi gliosi y la carne se me escarpaba, hombre». El Jaguar estaba de pie, miraba con desprecio al muchacho arrodillado y todavía tenía el puño en alto como si fuera a dejarlo caer de nuevo sobre ese rostro lívido. Los demás no se movían. «Me das asco —dijo el Jaguar—. No tienes dignidad ni nada. Eres un esclavo.»

—OCHO Y treinta —dice el teniente Gamboa—. Faltan diez minutos.

En el aula hay una especie de ronquidos instantáneos, un estremecimiento de carpetas. «Me iré a fumar un cigarrillo al baño», piensa Alberto, mientras firma la hoja de examen. En ese momento la bolita de papel cae sobre el tablero de la carpeta, rueda unos centímetros bajo sus ojos y se detiene contra su brazo. Antes de cogerla, echa una mirada circular. Luego alza la vista: el teniente Gamboa le sonríe. «¿Se habrá dado

Ernesto Cardenal

(11)

Cantiga 2

LA PALABRA

En el principio

—antes del espacio tiempo—

era la Palabra

Todo lo que es pues es verdad.

Poema.

Las cosas existen en forma de palabra.

Todo era poché, etc.

No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas.

Era la palabra. (Palabra amorosa.)

Misterio y a la vez expresión de ese misterio.

El que es y a la vez expresa lo que es.

“Cuando en el principio no había todavía nadie

él creó las palabras (*naikino*)

y nos las dio, así como la yuca”;

en aquella traducción amarillenta anónima del alemán

de una parte del gran libron de Presuss

que yo encontré en el Museo Etnográfico de Bogotá

traducción al español de Presuss traduciendo del uitoro al alemán:

La palabra de sus cantos, que él les dio, dicen ellos,

es la misma con que hizo la lluvia

(hizo llover con su palabra y un tambor);

los muertos van a una región donde “hablan bien las palabras”;

río abajo: el río es muy grande,

(lo que han oído del Amazonas según Presuss)

allí no han muerto de nuevo

y se encuentran bien río abajo sin morir.

Día llegará en que iremos río abajo nosotros.

En el principio pues era la palabra.

El que es y comunica lo que es.

Esto es:

el que totalmente se expresa.

Secreto que se da. Un sí.

El en sí mismo es un sí.

Realidad revelada.

Realidad eterna que eternamente se revela.

19

“El que es (o tiene) algo no existente.”

O como un sueño que se hizo real sin perder su misterio de sueño.

Naimema: “El que es ALGO muy real no-existente.”

Y la tierra es *Nicarani*, “lo soñado”, o “la visión soñada”;

lo nacido de la nada como un sueño del Padre.

El Génesis según los Witeros o Huitoros o Uitoros.

En el principio

antes del Big Bang

era la Palabra.

No había luz

la luz estaba dentro de las tinieblas

y sacó la luz de las tinieblas

las apartó a las dos

y ése fue el Big Bang

o la primera Revolución.

Palabra que nunca pasa

(“el cielo y la tierra pasarán...”)

Ha quedado un lejano rumor en el universo

de aquella explosión

como estática de radio.

Y empezó la danza dialéctica celeste.

“El *yang* llama;

el *yin* responde.”

El es en el que toda cosa es.

Y en el que toda cosa goza.

Toda cosa coito.

Todo el cosmos cópula.

Todas las cosas aman, y él es el amor con que aman.

“El *yang* llama;

el *yin* responde.”

Con los dos coros.

a solas revela,

a solas la amada y el amado

en soledad iluminada,

la noche de los amantes,

palabra que nunca pasa

mientras el agua pasa bajo los puentes

y la luna despacio sobre las casas pasa.

El cosmos

palabra secreta en la cámara nupcial.

Toda cosa que es es verbal.

Mentira es lo que no es.

Y toda cosa es secreto.

Oye el susurro de las cosas...

Lo dicen, pero dicen en secreto.

Solo a solas se revela.

Solo de noche en lugar secreto se desnuda.

El cósmico rubor.

La naturaleza: tímida. *vergonzosa*

“El *yang* llama;

el *yin* responde.”

Los dos coros.

¿Oís esas estrellas? Es el amor que canta

La música callada.

La soledad sonora.

“La música en silencio de la luna”, loco Cortés.

La materia son ondas.

Un yo hacia un tú.

¿Y las ondas? Preguntas.

Que busca un tú.

Y esto es por ser palabra todo ser.

Por haber hecho al mundo la palabra

podemos comunicarnos en el mundo.

Somos palabra

—Su palabra y un tambor...

en un mundo nacido de la palabra

y que existe sólo como hablado.

Un secreto de dos amantes en la noche.

El firmamento lo anuncia como con letras de neón.

Cada noche secretándose con otra noche.

Las personas son palabras.

Y así uno no es si no es diálogo.

Y así pues todo uno es dos

o no es.

Toda persona es para otra persona.

“Yo no soy yo sino tu eres yo”

Uno es el yo de un tú

o no es nada.

Nicanor Parra

Noticuario 1957

Plaga de monetonas en Santiago.
La Sagan se da vuelta en automóvil.
Terremoto en Irán: 600 víctimas.
El gobierno detiene la inflación.
Los candidatos a la presidencia
tratan de congraciarse con el clero.
Huelga de profesores y estudiantes.
Romería a la tumba de Óscar Castro.
Enrique Bello es invitado a Italia.
Rossellini declara que las suecas
son más frías que témpanos de hielo.
Se especula con astros y planetas.
Su Santidad el papa Pío XII
da la nota simpática del año:
se le aparece Cristo varias veces.
El autor se retrata con su perro.
Aparición de los Aguas-Azules.
Grupo Fuego celebra aniversario.
Carlos Chaplín en plena ancianidad
es nuevamente padre de familia.
Ejercicios del Cuerpo de Bomberos.
Rusos lanzan objetos a la luna.

(12)

Escasean el pan y los remedios.
Llegan más automóviles de lujo.

Los estudiantes salen a la calle
pero son masacrados como perros.

La policía mata por matar.

Nicolai despoirica contra Rusia
sin el menor sentido del ridículo:
San Cupertino vuela para atrás.

La mitad del espíritu es materia.

Robo con pasaporte diplomático:
en la primera página de *Ercilla*
salen fotografiadas las maleras.

Jorge Eliot publica antología.

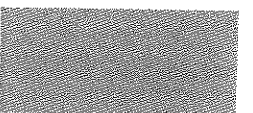
Una pobre paloma mensajera
choca con los alambres de la luz:
los transeúntes tratan de salvarla.

Monumento de mármol causa ira:
«la Mistral debería estar ahí».

Plaga de terroristas argentinos.
Kelly huye vestido de mujer.
Esqueleto que mueve las cadenas.

C...3

Manifiesto



Señoras y señores

ésta es nuestra última palabra
—nuestra primera y última palabra—.
Los poetas bajaron del Olimpo.

Para nuestros mayores
la poesía fue un objeto de lujo
pero para nosotros
es un artículo de primera necesidad:
no podemos vivir sin poesía.

A diferencia de nuestros mayores
—y esto lo digo con todo respeto—
nosotros sostenemos
que el poeta no es un alquimista
el poeta es un hombre como todos
un albañil que construye su muro:
un constructor de puertas y ventanas.

Nosotros conversamos
en el lenguaje de todos los días
no creemos en signos cabalísticos.

Mujeres

La mujer imposible,
la mujer de dos metros de estatura,
la señora de mármol de Carrara
que no fuma ni bebe,
la mujer que no quiere desnudarse
por temor a quedar embarazada
la vestal intocable
que no quiere ser madre de familia,
la mujer que respira por la boca,
la mujer que cantina
virgen hacia la cámara nupcial
pero que reacciona como hombre,
la que se desnudó por simpatía
(porque le encanta la música clásica),
la pelirroja que se fue de bruce,
la que sólo se entrega por amor,
la doncella que mira con un ojo,
la que sólo se deja poseer
en el diván, al borde del abismo,
la que odia los órganos sexuales,
la que se une sólo con su perro,
la mujer que se hace la dormida
(el marido la alumbra con un fósforo),
la mujer que se entrega porque sí
porque la soledad, porque el olvido...
la que llegó doncella a la vejez,
la profesora miope,
la secretaria de gafas oscuras,
la señorita pálida de lentes
(ella no quiere nada con el falo),
todas estas walkirias,
todas estas matronas respetables
con sus labios mayores y menores
terminarán sacándose de quicio.

llegó a nuestra buhardilla en Passy y no había nadie, sólo yo, y yo me encontraba muy mal, estaba deprimida, estaba pelcada con mi compañero, las cosas no me iban bien, cuando apareció me encontraba llorando encerrada en mi *chambre*, los demás habían ido al cine-club o a una de las tantas reuniones políticas, todos eran militantes revolucionarios, y Ulises Lima recorrió el pasillo y no llamó a ninguna puerta, como si de antemano supiera que no iba a encontrar a nadie, y se dirigió directamente a mi *chambre*, en donde yo estaba sola, sentada en la cama, mirando la pared, y él entró (estaba limpio, oía bien) y se quedó junto a mí, sin decir nada, sólo dijo hola, Sofia, y se quedó allí de pie hasta que yo dejé de llorar. Y por eso tengo un buen recuerdo de él.

Bolave, les deteches, salvezet, 1998

Simone Darrieux, rue des Petites Écuries, París, septiembre de 1977. Ulises Lima se duchaba en mi casa. No es algo que me entusiasme. No me gusta usar una toalla que ha usado otra persona, sobre todo si con esa persona no existe una cierta intimidad física e incluso sentimental, pero igual le dejaba que utilizara mi ducha, después cogía las toallas y las metía en la lavadora. Por lo demás, en mi piso intentaba ser ordenado, a su manera, cierto, pero lo intentaba y eso es lo que cuenta. Después de ducharse fregaba el suelo del baño y sacaba los pelos del desagüe, algo que tal vez sea una nimiedad pero que a mí me pone histérica, detesto encontrar esos coágulos de pelo (y menos si no son míos!) que taponan la bañera. Luego recogía y doblaba las toallas que había utilizado y las dejaba encima del bidet para que yo las pusiera en la lavadora cuando lo estimara conveniente. Las primeras veces incluso traía su propio jabón, pero yo le dije que no era necesario, que podía utilizar mi jabón y mi champú (pero que ni se le ocurriera tocar mi esponja) con toda confianza.

Era muy formal. Generalmente me llamaba por teléfono un día antes, preguntaba si me iba bien que viniera, si no tenía invitados o algo que hacer, luego concertábamos una hora y al día siguiente aparecía con puntualidad, hablábamos un poco y se metía en el baño. Después dejaba de verlo durante un tiempo indeterminado. A veces tardaba una semana en volver, pero a veces dos y hasta tres. En esos intervalos supongo que se bañaba en los baños públicos.

Una vez, en el bar de la rue de la Lune, me dijo que le gustaban los baños públicos, esos lugares adonde iban a bañarse los

extranjeros, negros del África francófona o magrebíes, aunque también iban estudiantes pobres, como le hice notar, sí, también, dijo él, pero sobre todo extranjeros. Y una vez, lo recuerdo, me preguntó si yo había ido alguna vez a un baño público mexicano. No, nunca, por supuesto. Ésos sí que son baños públicos, me dijo, tienen sauna, baños turcos, baños de vapor. Aquí también, le contesté, lo que pasa es que son más caros. En México no, dijo él, allí son baratos. La verdad, nunca había pensado antes en los baños públicos de México. Pero seguro que allá no te bañabas en un baño público, le dije. No, dijo, alguna vez, pero en realidad no.

Era un tipo curioso. Escribía en los márgenes de los libros. Por suerte yo nunca le presté uno. ¿Por qué? Porque no me gusta que escriban sobre mis libros. Y hacía algo todavía más chocante que escribir en los márgenes. Probablemente no me lo crean, pero se duchaba con un libro. Lo juro. Leía en la ducha. ¿Que cómo lo sé? Es muy fácil. Casi todos sus libros estaban mojados. Al principio yo pensaba que era por la lluvia, Ulises era un andariego, raras veces tomaba el metro, recorría París de una punta a la otra caminando y cuando llovía se mojaba entero porque no se detenía nunca a esperar a que escampara. Así que sus libros, al menos los que él más leía, estaban siempre un poco doblados, como acartonados y yo pensaba que era por la lluvia. Pero un día me fijé que entraba al baño con un libro seco y que al salir el libro estaba mojado. Ese día mi curiosidad fue más fuerte que mi discreción. Me acerqué a él y le arrebaté el libro. No sólo las tapas estaban mojadas, algunas hojas también, y las anotaciones en el margen, con la tinta desleída por el agua, algunas tal vez escritas bajo el agua, y entonces le dije por Dios, no me lo puedo creer, ¡lees en la ducha!, ¿te has vuelto loco?, y él dijo que no lo podía evitar, que además sólo leía poesía, no entendí el motivo por el que él precisaba que sólo leía poesía, no lo entendí en aquel momento, ahora sí lo entiendo, quería decir que sólo leía una o dos o tres páginas, no un libro entero, y entonces yo me puse a reír, me tiré en el sofá y me retorcí de risa, y él también se puso a reír, nos reímos los dos, durante mucho rato, ya no recuerdo cuánto.

Michel Butteau, rue de Teheran, París, enero de 1978. No sé cómo consiguió mi teléfono, pero una noche, serían más

había leído una excelente y extensa reseña donde se comentaba simultáneamente la publicación del tomo VI (*Tagebücher und Briefe*, Praga, 1937) de las *Gesammelte Schriften* de Kafka y la biografía de Max Brod (*Franz Kafka. Eine Biographie. Erinnerungen und Dokumente*, Praga, 1937), que complementaba y concluía, como un volumen suplementario, la primera edición integral de esas *Obras completas*. Entre las citas y los textos de Kafka o de Brod transcritos en esa reseña hubo una referencia en la que apenas reparé ese domingo pero que se encendió, como una luz, al día siguiente, mientras leía la nota a pie de página de Kluge. Era ésta, dijo Tardewski y volvió a abrir el cuaderno. Max Brod animó al siempre indeciso Kafka a ligarse a los ambientes intelectuales del café Arcos, leyó Tardewski, e impidió hasta 1911 que Kafka se aislara del mundo que lo rodeaba. Eso escribía el autor de la crítica del *Times*, dijo Tardewski, y luego incluía un fragmento de una carta de Kafka de enero de 1910, citada por Brod en su biografía. Estoy contento porque por fin aprendo algo, leyó Tardewski lo escrito por Kafka, de modo que esta semana seguiré conservando mi puesto en la mesa del Arcos. Pasaría allí con gusto la noche entera, pues a las siete de la tarde los mejores han llegado, pero temo que si me sumerjo tan hondo en el rumor de esas conversaciones al otro día me sea imposible trabajar. Y no debo desaprovechar el tiempo. Es mejor que permanezca en el café sólo hasta medianoche y que después lea el *Kügelgen*: buenas ocupaciones las dos para un corazón pequeño y para poder dormir cuando me canso. Te saludo cordial: *Franz*.

Enero de 1910. Café Arcos, dice Tardewski, calle Meisselgasse, Praga. Se produjo, arrastrado por el más puro azar, lo que podemos llamar un descubrimiento.

Durante las semanas siguientes trabajé buscando los datos que pudieran ampliar y confirmar esa intuición. Y encontré, con una facilidad que me sorprendió a mí mismo, una serie de pruebas irrefutables sobre ese hecho del todo ex-

traordinario. Encontré las pruebas incluso en mucho menos tiempo del que había esperado y en una sucesión que me hizo pensar que los descubrimientos están siempre al alcance de la mano de cualquiera pero que uno suele pasar frente a esos tesoros que brillan a la luz del día sin ver nada. Porque incluso un investigador, digamos un especialista en Kafka, pudo no haber encontrado, aunque lo hubiera buscado, eso que yo, de un modo totalmente casual, encontré y pude descubrir. Los datos y las evidencias son tan claras que parece imposible que nadie se haya dado cuenta. Por ejemplo, hay dos cartas de Kafka donde se refiere a un exiliado austríaco que frecuenta el Arcos. En una, dirigida el 24 de noviembre de 1909 a su amigo Rainer Jaus, Kafka habla de este extraño hombrecito que dice ser pintor y que se ha fugado de Viena por un motivo oscuro. Se llama Adolf, dice Kafka, me dice Tardewski y busca entre las hojas del cuaderno. Se llama Adolf, y su alemán tiene un acento extraño, aunque no más extrañas son las historias que cuenta. Extrañas al menos para alguien que se dice pintor, porque los pintores son muchos, dice Kafka, dijo Tardewski al terminar de leerme la primera de las cartas de Kafka donde hay una referencia a un exiliado austríaco llamado Adolf. La segunda es una carta a Max Brod, escrita unos días después, más precisamente, dice ahora Tardewski, el 9 de diciembre de 1909, donde Kafka le habla de un manuscrito, muy posiblemente uno de los borradores de *Preparativos de una boda en el campo*, que había llevado el día antes a la casa de Brod para leerlo. Ayer, lee Tardewski y aclara, se trata del final de la carta. Ayer al discutir el manuscrito yo me encontraba todavía bajo los efectos de mi conversación con Adolf, de quien en ese momento no te hablé. El había dicho ciertas cosas y yo pensaba en ellas y es muy posible que debido al recuerdo de esas palabras se haya deslizado alguna torpeza, alguna sucesión que sólo en secreto sea extraña, leyó Tardewski. De Kafka a Brod, dijo, 9 de diciembre de 1909.

Página, Los clavos de Emilio Renzi

ción de hecho que puede ser o no ser. La ley moral ordena no lo que se debe querer, sino cómo se debe querer lo que se quiere. No el contenido sino la forma.

Sábado 7 de febrero

A la madrugada, sentado sobre un banco en la plaza San Martín. Se ha hablado toda la noche y el tiene los ojos vacíos. Vuelven a empezar. «Sólo la utopía permite pensar», se mueve en esa dirección. De lo contrario ¿qué queda? La resignación, el escepticismo.

Viernes 8 de febrero

Trabajar de modo que la situación no pueda identificarse. No hay nunca un momento real (al menos de salida): narrador perdido en el tiempo y en el lenguaje. No hay ningún dato que asegure que en ese momento no está también hundido en el pasado. Yo he hecho lo mismo durante años.

Paso una semana en Buenos Aires sin mucho que hacer. Situación narrativa. Entrevistas a las que respondo mecánicamente.

Miércoles 11

La noción de carácter destructivo en Benjamin: «Este carácter no ve nada duradero. Pero justo por eso encuentra caminos inesperados. Las ruinas permiten abrirse paso».

Sábado 14 de febrero

José Szabón me da a leer su ensayo sobre la novela. La lectura que no busco, una interpretación excesiva de lo que en la novela es alusivo y deliberadamente críptico.

Lunes 16

El exilio interior: la «vida» escrita en el diario (1959-1979), trata da como la historia de una generación.

17 de febrero

Clara sensación de no tener lugar. Exiliado excesivo, extraviado, excéntrico. La figura del apartida. Dificultad de hablar con quien sea, practico una lengua en la que nadie habla ya. Idioma personal, lenguaje privado. Descubrimientos nocturnos, ¿la literatura se ha alejado de mí? También la reflexión. Sólo leo biografías, las vidas ajenas como diario de viaje. Desorientado. Si me quitan lo que he leído, ¿qué me queda?

Nota sobre la cultura en la Argentina. Sociedad condenada al olvido. No hay instancia crítica. Economía como espacio de sentido. Sin medicaciones. Terror.

¿Es posible comprender a quienes ya se han ido? Discusión sin salida.

Miércoles 18

Inventamos nuestros sueños, decía Tolstói. Nos levantamos en la mañana y construimos los sueños que después nos contamos a nosotros mismos.

Viernes 20

La fidelidad a los viejos descubrimientos. El detective que investiga un caso, que rechaza todos los elementos extraños al drama del que es un testigo. ¿No se podría usar esa técnica en una autobiografía?

Jueves 26

La crisis polaca, esto es, la presencia del movimiento obrero (Solidaridad) en medio del páramo de la situación internacional viene acompañada, para mí, por Gombrowicz, de quien leo los diarios.

Viernes 24 de marzo

Vuelvo al proyecto de siempre, pasar los diarios, transcribirlos, encontrarles un título, *Diarios (1957-1981)*. Publicar, páginas de un diario. Revisar, reducir. Veintinueve años de escritura, la prolijidad de lo real.